

Luis del Val

# LOS JUGUETES PERDIDOS

algaida  
eco

© imagen de cubierta@P.cosano-anaya

© Luis del Val

© Algaida Editores, 2012

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

Composición: REGA

ISBN: 978-84-9877-761-1

Depósito legal: Se-2656-2012

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

Capítulo 1 .....	13
Capítulo 2 .....	53
Capítulo 3 .....	97
Capítulo 4 .....	127
Capítulo 5 .....	159
Capítulo 6 .....	201
Capítulo 7 .....	233
Capítulo 8 .....	285
Capítulo 9 .....	317
Capítulo 10 .....	351
Capítulo 11 .....	383
Capítulo 12 .....	429



*A Enrique Calvo y Mario Rodríguez Aragón.  
In memoriam.*

EL AUTOR



*Pero también la vida nos sujeta porque  
precisamente no es como esperábamos.*

«Noches del mes de Junio»

*Las personas del verbo*

JAIME GIL DE BIEDMA





**L**EÍA EL PERIÓDICO COMO SI PALPARA CON ESMERO una cebolla de papel, doblaba cuidadosamente las páginas, se ajustaba las gafas de sol que resbalaban a veces por el tobogán de la nariz y, en ocasiones, apretaba los labios levemente y el principio de una mueca de disgusto se esbozaba apenas en su cara triangular de chica francesa.

No era francesa. No había ninguna francesa en aquella urbanización de las afueras de Dírdam, y la colonia extranjera se limitaba a un matrimonio japonés y a una pareja norteamericana que no solía frecuentar la piscina comunal. Mucho mejor porque ella tenía una voz insoportable de gata maulladora y cuando cruzaban la pequeña verja para adentrarse en el recinto de la piscina solían sentarse muy cerca del sauce, su lugar preferido para contemplar a la mujer que leía el periódico como si pelara con mimo un plátano encuadrado de papel, su puesto de observación en aquel aburrido julio del destierro, mientras pensaba en la ausencia de Julia, en el mortificante viaje de

Julia, y el sol caía como un cuchillo, y notaba el sudor pegajoso resbalar por la tabla del pecho, anidar en la nuca, hasta que abandonaba la toalla y se colocaba bajo el chorro de la ducha que bajaba tibio al principio hasta que una tímida frescura se adueñaba del agua y de su cuerpo, y solo entonces abandonaba esa lasitud entrópica, destructiva, que había llegado sin avisar, justo al día siguiente de marcharse Julia por un aeropuerto seguramente abarrotado de adolescentes con destino a Londres, enviados por sus padres para aprender la lengua del imperio.

Le gustaban los veranos con su anuncio implícito de transgresión y falsa libertad, esa fama del verano como un gigantesco fin de semana lleno de posibilidades y promesas, expectativas y guiños, y quizás por eso cada mañana consideraba repugnante encaminarse hacia la piscina, le parecía una declaración de fracaso personal, pero al mediodía, después de aburrirse con un ensayo de Popper y vagar en calzoncillos por la casa vacía, se ponía un traje de baño y una camiseta azul oscuro desgastada por el sol y, al poco, allí estaba como un pez muerto arrojado a la orilla, encima de la toalla, espionando a la mujer que leía el periódico.

Siempre estaba sola. Las otras mujeres se arrimaban en grupos —los hombres llegaban más tarde, venían cansados de perseguir al mamut en la ciudad— parloteaban, reñían a los niños, se

untaban de cremas protectoras, cuchicheaban malicias divertidas, dirigían miradas calculadoras a los cuerpos próximos, pero ella no parecía conocer a nadie, el periódico era su muro protector, su tapia separadora, y, luego, al acabar la lectura, dejaba las gafas de sol y el despojo impreso sobre la tumbona, se acercaba a las escalerillas de la zona más profunda, y se introducía poco a poco en el agua, hasta que le llegaba al cuello y entonces se daba la vuelta y comenzaba a nadar a braza, lenta, majestuosamente, con la seguridad elegante de los anfibios.

Le irritaba que no pasase antes por la ducha, tal como señalaba el reglamento de la comunidad, pero en realidad nadie hacía caso del reglamento, excepto Julia que incluso se ponía un gorro de baño antes de ir a nadar, debería llamar por teléfono, aunque Julia nunca, «falta de noticias, buenas noticias», hasta que el principio se rompió en la excursión a los Alpes, a quién se le ocurre ir a los Alpes en verano, de excursión, como una *girl-scout*, cuando iba ya por el segundo aborto.

A veces pensaba utilizar uno de los trucos estúpidos y manidos, acercarse a la mujer para consultar, por ejemplo, las farmacias de guardia, eso de la farmacia de guardia estaba muy bien porque le restaba agresividad a la interrupción, se supone que uno sufre algún malestar, los ligones no van por ahí preguntando por las farmacias de

guardia, y las mujeres siempre están dispuestas a proteger a los débiles, desde los ciegos a los estreñidos. A partir de ahí podía contar lo de la lesión en la pierna, el accidente con la moto, con la moto no, demasiado aroma a cuero y gasolina, el lenitivo de la farmacia quedaría neutralizado, mejor algo más elegante, caerse de un caballo, salvo que no sabía montar a caballo y podía verse arrastrado a alguno de los picaderos próximos a través de una inoportuna invitación. Los dolores en la espalda de origen vertebral también poseían cierto tono distinguido, sería fácil solicitarle que pusiera sus dedos en las lumbares, indicarle la protuberancia anormal, no era cierto pero nadie se atreve a llevarle la contraria a un pretendido diagnóstico, y seguro que su experiencia en toquetear vértebras lumbares no iba a ser muy extensa. La ventaja que tenía la piscina era que podías pedir que comprobaran la pretendida protuberancia anormal de tus vértebras lumbares sin romper las normas, una petición que quedaría mucho más extravagante en el entreacto de una representación de *ballet* o subido al taburete de una cafetería. Pero no era menos cierto que la asunción de permanecer en traje de baño, la máxima desnudez que permitía el colectivo, llevaba implícito un distanciamiento corporal, resultaba curioso el cuidado en la separación a la hora de los saludos, la preocupación por no rozarse, mientras luego, en la reunión alrededor de

la barbacoa en cualquiera de los adosados, los achuchones eran tan bienvenidos como frecuentes.

Así que la maniobra de aproximación podía consistir en acercarse a la mujer que leía el periódico y reclamar ayuda en la búsqueda de una farmacia de guardia, aunque no había que olvidar que, al mediodía, y con aquel sol esplendoroso y la certidumbre de que todas las farmacias estarían abiertas, resultaría chocante la solicitud, a no ser que se tratara de un cliente de farmacia noctívago, uno de esos tipos raros que solo pueden entrar en las farmacias de noche, como quien entra a un burdel, cosa que resultaría mucho más barroca de lo que había supuesto al principio.

Rechazó el plan de las farmacias de guardia por extemporáneo y consideró la posibilidad de interesarse por las cotizaciones de bolsa. El dinero siempre era respetable. Claro que fundamentar una primera conversación en la subida de las cementeras poseía un matiz materialista y algo insultante, parecería la clase de hombre que compraba de todo —acciones y mujeres, almas y caballos— una grosería condenada al fracaso, porque ella se pondría en guardia, sentiría la molesta sensación de ser tasada, intuiría el peligro de la agresividad, y, luego de un comentario sobre la endeble marcha de la economía, poco más se podría añadir, a no ser que ella resultara profesora de economía, economista o asimilada. No lo pa-

recía. Las economistas, incluso cuando están en traje de baño y leen el periódico sobre una tumbona, no suelen manifestar sus características profesionales, o sea que otra táctica podría consistir en acercarse hasta la tumbona de la mujer, agacharse sin llegar a poner la rodilla en tierra y preguntarle directamente: «Perdona, pero quería saber si eres economista». Si ella se desprendía de las gafas de sol y al mirarlo con curiosidad —tampoco creía que todos los días se le acercaran un par de hombres a preguntarle si era economista— sacudía levemente los cabellos, sería un signo de agrado, un detalle que él sabría captar y que le proporcionaría ánimos para continuar la conversación, mientras el gineceo, o una parte, murmuraría sobre su acercamiento y la ausencia de Julia, eso le daba igual, o no del todo, aunque lo terrible sería que ella dijera «no», simplemente, un «no» escueto, ni siquiera cortante, y continuara leyendo el periódico, porque entonces allí, agachado, la maniobra de incorporarse resultaría humillante, casi tanto como la de añadir una excusa y un nuevo perdón, un desaire difícil de paliar.

Quedaba la pregunta sobre la cartelera de espectáculos, pero la rechazó por demasiado frívola, un tío que está en la piscina al mediodía y solo se interesa por matar la tarde en un cine o en un teatro ni despierta compasión, ni suscita curiosidad, así que se tendió en decúbito prono, se circundó

la cara con el brazo, observó a una hormiga que trepaba por una afilada hoja de césped, y sintió la oquedad de la ausencia de Julia, la punzada de su desaire, el dolor agudo de percibir un nuevo tipo de infidelidad, el anunciado y rotundo fracaso de un verano que ya podía considerar perdido, la acusación permanente de no ser un gitano de los de antes, la falta de arrojo y la excesiva permisividad que le tenían aquí como un despojo, encerrado en el morbo del que pretendía escapar por medio de acercarse a una desconocida de la que únicamente sabía que leía el periódico.

Había conocido a Rebeca al poco de llegar a vivir allí con Julia, un día que dejó el coche tapan- do la salida de su garaje y ella no podía sacar el «R-5». Debía ser diciembre —casi seguro que era diciembre, porque al poco vería ristas de bombi- llas de colores cuando bajaba a la ciudad— y nada más abrir la puerta vio una cara con la nariz colo- rada por el frío y unos ojos pequeños y verdes, una bufanda de cuadros amarillos y negros echa- da como adorno sobre los hombros y una voz plateada preguntando si el coche era suyo. Mu- cho después le diría lo de la voz plateada y ella se echaría a reír y le llamaría novelero, y sentiría una punzada explicable porque su abuela le decía lo mismo en aquellas tardes de pueblo y chocola- te cuando nada más llegar de la escuela le infor- maba con gran secreto que en la vega había un fantasma subido a un peral.

Acostumbrado a la talla de Julia, que con zapatos de tacón era tan alta como él, Rebeca le pareció una mujer mucho más manejable, aunque fuera desde el aspecto físico, y se imaginó bailando con ella el último tango en París, mientras la seguía hasta la puerta del garaje y quedaba hipnotizado ante los cuadros amarillos y negros de la bufanda, echarpe, o lo que fuese, que llevaba echada sobre una especie de capa oscura, a pesar de que se consideró mucho más joven y optimista que Marlon Brando y ella no debía ser tan masoquista como Maria Schneider.

—Repito, me llamo Rebeca, soy tu vecina y siento haberte molestado —le dijo antes de que él, con la portezuela a medio abrir, se metiera dentro del Peugeot grandón para dejarle el paso libre al coche de ella.

Y aquí podría haber concluido el encuentro a no ser porque el motor del viejo Peugeot respondió con tosidos a la llave de contacto, no una, sino tres veces, y ya, nervioso, aceleró en frío y ahogó de gasolina el sistema de encendido o lo que fuese, y entonces apareció Rebeca dentro del «R-5» cuyo morro quedó entre la linde de la casa y la acera.

—¿Te empujo? —preguntó Rebeca, asomándose por la ventanilla.

—No hace falta —le explicó él, luego que hubo salido y se acercó hasta el coche de ella—. Lo he ahogado. En un par de minutos responderá.



—Es que... —y echó una mirada inquieta a un pequeño reloj que llevaba en la muñeca— llego tarde a clase. Ponlo en punto muerto y te empujo.

Todavía no había encontrado una respuesta adecuada a la situación cuando ya había salido del coche y se encaminaba con paso decidido al Peugeot, se movía con la agilidad de las personas pequeñas, la alcanzó en dos zancadas y le propuso una alternativa más caballeresca:

—Entra tú y yo empujaré.

Fuese porque la situación no resultaba demasiado airosa y él ya estaba inmerso en un comportamiento atropellado o por ansias de terminar cuanto antes tan engorrosa situación, el caso es que cerró la portezuela antes de que ella hubiese introducido del todo el pie izquierdo al que propinó un golpe con todo el vigor resolutorio de un macho enérgico.

En lugar del *plap* sonoro escuchó como un eco sordo y enseguida vio la cara de dolor de ella, de dolor y de incomprensión, esas caras que debían poner los mártires cristianos en los primeros tiempos.

—¿Te he hecho daño? —Nada más hacer la estúpida pregunta se sintió mucho más estúpido de lo que ya estaba.

Ella asintió muda y se quedó en el asiento del coche acurrucada, mientras él se debatía entre aplicarse un correctivo allí mismo, un severo castigo, o buscar el comportamiento más adecuado

para estos casos que nunca se explican en los tratados de urbanidad. Sabe uno cómo debe comportarse en un barco que está a punto de naufragar —«las mujeres y los niños, primero»— pero no tiene ni idea de cómo reaccionar cuando acabas de machacarle el pie a una vecina que has conocido precisamente porque le has bloqueado la puerta de su garaje.

—¿Te puedo ayudar? —suplicó.

Ella asintió y le tendió el brazo para que le ayudara a salir. Apoyada en él, cojeando, le instó a que la llevara a casa. Cuando iban a atravesar el diminuto jardín oyeron el motor del «R-5» ronronear y entonces él, con sumo cuidado, la dejó junto a la verja de la entrada con el mismo celo que si se tratara de una bandeja de bocaditos de nata, fue hasta el coche, desconectó las llaves y levantó la palanca del freno de mano. Por un momento sintió la tentación de poner la marcha atrás y devolver el coche al garaje, pero presintió que podría desencadenar algún otro desastre, y acudió a recoger a su víctima.

Nada más subir los seis escalones que conducían a la puerta de entrada le dijo ella que las llaves estaban en su bolso y que el bolso estaba dentro del coche. Ya entonces él había recuperado algo de dominio y a ella le había disminuido la palidez de los primeros momentos así que, tras la recuperación del bolso, entraron en la casa sin grandes novedades y, a instancias de la dueña,

fueron directamente a la cocina donde la depositó en una silla.

—Hay un pequeño botiquín en el baño. Me imagino que sabes dónde está el baño.

Lo sabía. Todos los adosados eran iguales, tenían la misma distribución, así que a él no le costó nada orientarse hacia el cuarto de baño, que estaba entre el salón y la escalera que conducía al piso de arriba.

Junto al lavabo había un cartel en que el que una chica con minifalda, de espaldas, usaba un urinario de caballeros, mientras dos representantes del sexo masculino, uno a cada lado de la chica, se aplicaban a sus funciones mingitorias, no sin reparar en tan insólita compañía. Encima del bidé había un armario, mucho más pequeño que los demás, con una cruz roja esmaltada. Lo abrió con resolución, pero luego no supo qué debía tomar. Había tiritas, vendas, mercromina, una caja de supositorios para el estreñimiento, betadine vaginal, aspirinas, un botellín de alcohol, dos sobres de Alka-seltzer y muchos frasquitos de color marrón con píldoras en su interior. Resolvió tomar las vendas, las tiritas y la mercromina y volvió a la cocina, no sin antes observar que en la estantería situada al lado del póster había una maquinilla de afeitar masculina y, en un vaso, dos cepillos de dientes.

Rebeca se había despojado de su bufanda y de la capa que había dejado encima de la mesa e intentaba quitarse la bota.

—Ahora sí que necesito ayuda —y lo dijo dulcemente, sin ningún rencor.

Ya había deslizado la cremallera lateral de la bota, y entonces él sujetó el contrafuerte y procedió a descalzarla sin dar tirones, hasta que apareció el calcetín amarillo —«le debe gustar el amarillo», pensó— y dejó que ella misma se quitara el calcetín hasta que apareció un pie magnífico, armonioso, a no ser por la hinchazón a la altura del tobillo, que ya comenzaba a amoratarse.

—Te he dado un buen golpe.

—Para ser el primero no está mal —e intentó una media sonrisa que él agradeció como el más amable de los perdones.

—¿Duele? —preguntó hundiendo levemente el pulgar sobre la hinchazón.

—Un poco.

—Te vendaría el pie, pero creo que deberías hacerte una radiografía por si el golpe ha afectado al maléolo.

—¿A qué?

—Al maléolo. Es la parte final del peroné que se une al tobillo.

—¿Eres médico?

—No, no. Mi padre era médico. Le hacía de ayudante en los veranos.

Se le había escapado el «era» como si su padre hubiera muerto, pero ella pasó por alto el pretérito y se centró en su tobillo.

—¿Crees que será necesaria una radiografía?

—Me quedaría más tranquilo. Bueno, y tú. Al fin y al cabo el tobillo es tuyo.

—No tengo en el botiquín ningún aparato de rayos X. Lo siento.

—Bien, No nos queda más remedio que ir al centro médico. Creo que hay uno junto al hipermercado.

—Antes de eso —dijo ella intentando ponerse en pie y volviendo a sentarse porque notó el dolor más intenso— me haré un vendaje.

—Lo haré yo —dijo él con resolución.

Recordaba las manos de su padre, blancas y firmes, sujetando el pie del herrero el día en que la reja de un arado le cayó encima, mientras su abuela consolaba a la mujer del herrero y él observaba con interés las largas uñas ennegrecidas de aquél pie tumefacto, a pesar del fregoteo anterior con agua tibia.

Entonces su padre todavía era el hombre respetado, el mago de la tribu, el consultor del alcalde, y el único que era invitado a comer a casa de la señora, como llamaban con respeto a la propietaria de la mayor parte de las tierras.

—¿Necesitas unas tijeras?

—No hace falta. —Y lo demostró partiendo con pericia en dos el fragmento terminal de la venda, envolviendo el pie con ambos extremos, y sujetándolo con varias tiritas.

—Soy una mala anfitriona. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

Y se quedó allí, de pie, sin saber qué hacer, como aquella primera vez en que su padre lo llevó a casa de la señora, y ella le observó con un interés molesto y decía «así que este es el mozo», como si se tratara de un ser extraño, un raro ejemplar al que se debía mirar detenidamente en busca de algún estigma escondido.

—¿Te puedo llevar a alguna parte? Dijiste que ibas a una clase.

—Se ha hecho demasiado tarde. Llamaré por teléfono.

—¿Eres alumna o profesora?

—Pongamos que profesora. Doy clases de ruso. Pero no tengo título —añadió enseguida como si temiera falsear algo.

—¿Has vivido en Rusia?

—Mi madre es rusa. Yo nací en Dirdam.

Pasadas las navidades, estando los cuatro, contaría el azaroso periplo de su madre durante la I Guerra Mundial, la barroca llegada a París donde la colonia de rusos blancos acogería a la huérfana, la prometedorra carrera como cantante frustrada por unos misteriosos nódulos en la garganta, el estallido de la otra guerra, la huida a Vichy, el encuentro con el que sería el padre de Rebeca, la cual nacería justo quince años después del Tratado de Yalta, en una clínica del Paseo de los Argivos, y, por fin, la inútil espera del marido que se perdió en el océano a bordo de un avión cuyos

restos jamás se encontraron, precisamente en viaje para conocer a la hija que nunca llegaría a ver.

—Puedes creerme. Es el primer tobillo que machaco y no sé qué puedo hacer. ¿Te compro algo?

—Viene luego una chica. No te preocupes.

—Lo siento.

—Está bien.

Metió el coche de ella en el garaje, tomó su viejo Peugeot, que esta vez arrancó a la primera y, ya camino de la ciudad, notó con cierta alarma que no se sentía pesaroso del incidente.

La mujer que lee el periódico, fiel a la liturgia diaria, ha descendido por las escalerillas de la piscina, y él mira cómo el cuerpo se hunde en el agua, y el agua es una superficie de acristaladas rugosidades que tiembla de luz y se estremece brillante y fugaz, tan distinta del agua de la chopera, sobre todo cuando la contemplaba desde la peña, con el miedo a la primera zambullida.

—¡Salta! No seas cobarde, ¡salta! —le gritaban los otros.

Y él miraba el agua del remanso, amenazadoramente oscura e insondable, se decía que un carro con dos mulas había caído allí una noche de tormenta sin que nadie lograra encontrar nunca ni los animales ni el carro, y luchaba contra su miedo, intentaba vencer la pusilanimidad alimentada por la leyenda pueblerina, mientras los

demás le animaban, y del estímulo amistoso pasaban al insulto incitador. Ofendía al raciocinio que aquel pequeño arroyo, que en todo su tramo ofrecía a la vista el pedregal de su lecho, hubiese escavado una sima, «un brazo de mar» decían los más viejos, y la palabra mar, en aquel lugar tan alejado de las costas, poseía el matiz misterioso de las cosas inalcanzables, de los enigmas sin explicación, pero del secreto de su profundidad real dimanaban toda clase de prodigios, tanto más extraordinarios cuanto mayor fuera la capacidad imaginativa, serpientes gigantescas que abandonaban su ignoto nido por las noches y engullían todo lo que se encontraba en las orillas, monstruosos anfibios que quedaron allí encerrados, tras un cataclismo geológico ocurrido hacía miles de años, cuando aquello era un trozo del océano, y hasta dragones que no resistían la luz del sol y que se agazapaban en la insondable concavidad.

Mucho después, cuando logró desafiar el amilanamiento que le producía la leyenda y, con la congoja del suicida poco convencido, decidió saltar desde la peña y hundirse en el supuesto abismo, mucho tiempo más tarde de recibir las alborozadas felicitaciones de los otros que le conferían la categoría de pasar a formar parte de la cofradía de los valientes, que le sancionaban como uno de los suyos, cuando la bajada a la choperera y la zambullida desde la peña se habían convertido en una actividad cotidiana, incluso entonces la per-



cepción en los pies y en las piernas de inescrutables corrientes frías, que se enredaban alrededor del cuerpo en los momentos más inesperados, seguían proporcionándole motivos de desasosiego y atisbos de inseguridad.

—Son manantiales interiores que desembocan bajo el río —le explicó su padre— y por eso, por ser aguas subterráneas, están más frías. La diferencia de temperatura suele producir calambres. Por eso se ha ahogado tanta gente en la chopera. Se asustan.

—¿Es verdad que se cayó un carro y que desapareció? —le preguntó con la fe de que su padre tenía todas las respuestas para todos los misterios.

—Eso dicen. Si ocurrió, yo no estaba aquí. Puede ser debido a que el pozo está horadado por debajo. Forma como una especie de cueva lateral que se introduce por debajo de la ribera. En esa parte la tierra es más arcillosa y las propias aguas han ido arañando y ocupando el espacio que la arcilla dejaba libre.

—¿Y por qué no se hunde la tierra que está encima del agua?

Su padre le miró con interés satisfecho, como si en la curiosidad infantil hubiera un anuncio de futuro investigador, y le respondió complacido:

—El suelo está formado por capas. La capa de la chopera es arenosa. Debajo puede haber una capa granítica que la sostiene y que forma el techo del pozo.

Ni serpientes, ni monstruos, ni dragones. Aquella misma tarde se lo explicó a los demás chicos, que no le entendían o no querían creerle. Tuvo que emplear el supremo argumento, aunque ello supusiese confesar que los saberes no eran propios, sino ajenos: «me lo ha dicho mi padre». A partir de ahí los demás callaron. Si lo aceptaron o no, con lo que la aceptación suponía de molesta merma en el escalafón de valentía compartida y asumida, no quedó claro, pero no volvieron a discutirlo y las bromas sobre la serpiente gigante quedaron aparcadas, almacenadas en esas referencias que jalonan los lentos pasos hacia la madurez.

—Tu padre lo explica todo —apostillaría la abuela cuando él le contó la resolución del misterio con el orgullo del iniciado—, pero los que se ahogan no resucitan.

Resultaba difícil saber quién poseía más autoridad moral y, por tanto, más influencia, si su padre o su abuela. Su padre curaba a la gente de sus dolores y poseía un maletín negro lleno de sugestivos objetos metálicos, entre los que destacaba una especie de reloj que aplicaba a los brazos de los pacientes, y unos auriculares, como los de la telefonista pero más pequeños, que estaban conectados a una pieza que le ponía sobre el pecho y la espalda cuando se acatarraba y que parecía de hielo, de lo fría que estaba siempre. Pero su abuela era la que mandaba en la casa, disponía

las comidas, le daba dinero para las chucherías que vendían en casa del Cojo, y se iba con él, en un tren correo que pasaba día sí, día no, a otro pueblo más grande para comprarle ropa.

A su abuela le ayudaba en las faenas de la casa una mujer robusta, llamada Berta, que lucía un poderoso bigote. Ella era quien servía la comida a la que, excepto los domingos, rara vez asistía su padre. Berta hablaba a solas, pero no se le entendían sus soliloquios, una especie de *mascullamiento*, una rumia de sílabas inconexas que todos admitían como habían admitido el bigote.

Alguna vez un paciente agradecido traía un pollo o un conejo, y Berta era la encargada de matarlo y prepararlo. A él le fascinaba la destreza de Berta para desnucar a los conejos. Lo cogía de las patas con la mano izquierda, lo mantenía en alto, esperaba que el animal dejara de removerse, y entonces le daba un certero golpe en la nuca con el canto de la mano libre, y los ojos del animal se ponían turbios y se quedaba estático, muerto.

A él no le impresionaba en absoluto. Estaba familiarizado con la manera limpia que tenía Berta de matar a los conejos y, sin embargo, no le sucedía lo mismo con los pollos. Decía Berta que a los pollos había que matarlos poco a poco para que la carne no tomara mal sabor. Les sujetaba el pico en el cuello cerca del fregadero y les hacía una incisión en la cabeza con un cuchillo. Aunque Ber-

ta sujetaba el cuerpo del pollo entre el brazo y la cintura, el animal se removía a la vez que comenzaba a manar sangre, y no dejaba de luchar hasta mucho rato después. Era una agonía lenta y terrible que él observaba con una mezcla de repugnancia y delectación. Luego, en un gran balde, la mujer echaba agua tibia, metía el pollo ya muerto para ablandar los cálamos y, al poco, comenzaba a desplumarlo.

Del montón que se formaba junto al balde le gustaba elegir una pluma grande y blanca para jugar. Le atraía el misterio de aquella capa tan suave y tan frágil, separaba las válvulas intentando escudriñar el origen de su unión, y mientras Berta monologaba y desnudaba al pollo él se iba a la parte de atrás de la cocina, algo que debió ser en tiempos un pequeño jardín y que ahora era un cuadrilátero de tierra apisonada, donde al fondo había un cobertizo de baja altura en el que se almacenaban los trastos más diversos.

Le hubiera gustado traer allí a los demás chicos, pero una vez que lo hizo su padre salió de la pequeña sala que hacía de consulta y dijo que se marcharan. Los otros se fueron y él se quedó llorando en el regazo de su abuela, que le pasaba la mano por el pelo y suspiraba.

Su abuela no hablaba mucho con su padre, y su padre, salvo en aquella ocasión en que le explicó su teoría sobre el pozo de la chopera, hablaba muy poco con él. De su madre tenía la

vaga noción de que estaba en el cielo y tampoco le parecía extraño que no hubiera ninguna fotografía de ella. En el cuarto de su abuela había muchas fotografías, hombres con ternos oscuros que se apoyaban en un macetero y mujeres de cabellos rizados que tenían niños en el regazo. Había una de su padre, mucho más joven, donde se le veía con un sombrero flexible, cuya ala delantera se inclinaba sobre la frente, y otra de su abuela y de su abuelo el día de la boda. No entendía que aquella mujer tan guapa, vestida de blanco, fuera su abuela que siempre vestía de negro.

Durante un invierno especialmente crudo —hasta las orillas del río estaban heladas y la sopa que repartía Berta se quedaba densa y sólida en la capa superior del plato nada más servirla— murió la mujer del jefe de la estación.

—No hay nada que hacer —comentó su padre a una pregunta de su abuela.

Los demás chicos fueron al entierro, pero a él no le dejaron. Su abuela dijo que era muy pequeño para saber cosas de la muerte y se quedó en su cuarto, en la parte de arriba, hasta donde llegaba el sonido de las campanas doblando a muerto. Aquel tañido grave, solitario, que se repetía espaciada y machaconamente, le hizo pensar en el más pequeño de los hijos del jefe de la estación con el que solía jugar y pensó que, a partir de entonces, serían más amigos.

Al llegar la primavera, una tarde en que se quedaron a jugar en el viejo muelle donde se depositaban las escasas mercancías que llegaban en los trenes, el hijo del jefe de la estación le llevó a su casa para dejarle un tebeo y, al cogerlo, cayó una fotografía que el otro rescató rápidamente del suelo y la besó.

—¿Es tu madre? —preguntó.

—Sí.

—¿Me dejas verla?

—No. Es mía.

Le pareció correcta aquella rotundidad posesiva y lo único que lamentó fue no tener una fotografía semejante de su propia madre, no para guardarla en los tebeos, sino para enseñársela a los demás chicos y ponerla en su habitación lo mismo que hacía su abuela.

En realidad no se sentía huérfano ni le acució la necesidad de una madre. Su abuela le parecía mucho mejor que las madres de los otros chicos, más cariñosa, menos gritona y más acogedora. No habría cambiado a su abuela por ninguna madre del mundo, y el día que en la escuela el maestro habló de la resurrección de la carne pensó que si su madre resucitaba tendría que querer menos a su abuela, y eso le puso muy triste.

Aquel maestro pasó fugaz por su vida. Pronto su padre le envió al otro pueblo más grande a estudiar en casa de un profesor al que todos llamaban don Pentilo.